

pués de una discusión bastante larga, sin llegar á las manos, desapareció el obstáculo. Entonces penetran los invasores en la escalera, repitiendo que es preciso que se les entregue el palacio. Asegúrase que en aquel instante, varios hombres armados de picas, que habían permanecido en el patio, se apoderan con garfios de los centinelas suizos que hay fuera, y que los matan después; añádese que se ha disparado un tiro contra las ventanas, y que indignados los suizos, responden haciendo fuego. En efecto, resuena al punto en el palacio una descarga terrible, y los que habían penetrado en él huyen gritando que les habían vendido. Difícil es averiguar, en medio de aquella confusión, de qué parte han salido los primeros tiros; los invasores aseguran que después de avanzar amistosamente, y una vez dentro del palacio, se ha hecho fuego contra ellos á traición; pero esto es poco verosímil, pues no estando los suizos en situación de provocar la lucha, ni teniendo obligación alguna de batirse después de la marcha del rey, sólo debían pensar en salvarse, y una traición no era el medio de conseguirlo. Por otra parte, aunque la agresión pudiera cambiar alguna cosa en el carácter moral de estos acontecimientos, preciso es convenir en que la primera y verdadera agresión, es decir, el ataque del palacio, procedió de los insurrectos. Lo demás no era sino un accidente inevitable, que sólo se podía imputar al acaso. Como quiera que sea, los que habían penetrado en el vestíbulo y en la escalera principal oyen de repente la descarga, y mientras huyen, cae sobre ellos en la escalera misma una granizada de balas. Los suizos bajan entonces en buen orden, y llegados á los últimos escalones, desembocan por el vestíbulo en el patio real. Allí se apoderan de una de las piezas, y sufriendo un fuego terrible, la vuelven y la descargan contra los marseleses, de los cuales derriban un gran número. Éstos se repliegan entonces, y como el fuego continúa, abandonan el patio. Al instante cunde el terror entre el pueblo, que huye en todas direcciones hacia los arrabales. Si en aquel momento hubieran aprovechado los suizos su ventaja, si los gendarmes situados en el Louvre, en vez de abandonar su puesto, hubieran cargado á los sitiadores, era cosa hecha; la victoria quedaba por palacio.

Pero en aquel momento llega la orden del rey, confiada á Mr. Hervilly, en la cual se prohíbe hacer fuego. El comisionado llega hasta el vestíbulo en el momento en que los suizos acababan de rechazar á los sitiadores, y conteniéndolos, les ordena de parte del rey que le sigan á la Asamblea. Los suizos, reunidos entonces en bastante número, siguen á Mr. Hervilly á los fuldenses en medio de las más mortíferas descargas, y el palacio quedó privado así de la mayor parte de sus defensores. Sin embargo, aún queda en la escalera, ó en las habitaciones, un número bastante considerable de desgraciados suizos, á los cuales no ha llegado la orden, y que bien pronto van á verse expuestos, sin medios de resistencia, á los más terribles peligros.

Entretanto se habían ido reuniendo los sitiadores: los marseleses, unidos con los bretones, se indignaban de haber abandonado el campo, y reanimándose mutua-

mente, vuelven á la carga enfurecidos. Westermann, que después dió pruebas de estar dotado de grandes disposiciones, dirige sus esfuerzos con inteligencia; precipítanse intrépidamente, y muchos de ellos caen; pero los demás llegan por fin al vestíbulo, franquean la escalera y se hacen dueños del palacio. En su seguimiento se lanza el populacho armado de picas, y el resto de la escena no es más que una horrible matanza.

Los desgraciados suizos imploran gracia en vano, arrojando sus armas, pues les dan muerte sin compasión. La multitud prende fuego al palacio; los servidores que le ocupan son perseguidos por todas partes; los unos huyen y los otros reciben la muerte. Entre los vencedores hay, sin embargo, hombres generosos que gritan: «¡Perdonad á las mujeres; no deshonréis á la nación!»

Uno de ellos salva á las damas de la reina, que se habían arrojado al ver los sables amenazando sus cabezas. Hubo víctimas valerosas, y muchos tuvieron ingenio para salvarse cuando no les quedaba ya valor para defenderse; también hubo entre los furiosos vencedores arranques de honradez; y una prueba de ello es que el oro encontrado en el castillo, bien fuera por vanidad popular ó por el desinterés que nace de la exaltación, se envió á la Asamblea.

Esta última había esperado con la mayor ansiedad el resultado del combate. A eso de las once se oyen por fin gritos de victoria mil veces repetidos; las puertas ceden bajo el esfuerzo de una multitud ebria de alegría y de furor; la sala se llena muy pronto de los restos que llevan y con los suizos prisioneros, á los cuales se ha concedido la vida para dar una prueba á la Asamblea de la clemencia popular. Entretanto, el rey y su familia, retirados en la estrecha tribuna de un periodista, contemplan la ruina de su trono y la alegría de sus vencedores. Vergniaud había dejado un momento la presidencia para redactar el decreto de cesación; vuelve á poco á ocupar su asiento, y la Asamblea expide el célebre decreto, en virtud del cual:

Luis XVI queda provisionalmente suspendido como monarca;

Se dispondrá un plan de educación para el príncipe real;

Se convoca una Convención Nacional.

¿Podría decirse que era un plan preconcebido muy anteriormente el de derribar el trono, puesto que no se hacía sino suspender al rey, preparando la educación del príncipe? ¡Con qué temor, por el contrario, se osaba tocar á esta antigua autoridad! ¡Con qué especie de vacilación se acercaban al antiguo tronco bajo el cual fueron sucesivamente felices ó desgraciadas las generaciones francesas, pero á cuya sombra habían vivido siempre!

Sin embargo, la imaginación pública es pronta; poco tiempo debía bastarle para despojarse de los restos de un antiguo respeto, y la monarquía en suspenso iba á quedar bien pronto aniquilada. Iba á perecer, no en la persona de un Luis XI, de un Carlos IX ó de un Luis XIV, sino en la de un Luis XVI, uno de los reyes más honrados que jamás se sentaron en el trono.

## CAPITULO VI

Continuación y fin de la jornada del 10 de agosto. — Llamamiento del ministerio girondino. — Dantón es nombrado ministro de Justicia. — Estado de la familia real. — Situación de los partidos en la Asamblea y fuera de ella después del 10 de agosto. — Organización é influencia del Ayuntamiento; facultades que se arroga y su oposición á la Asamblea. — Creación de un tribunal extraordinario del crimen. — Estado de los ejércitos después del 10 de agosto. — Resistencia de Lafayette al nuevo gobierno. — Abandona el ejército y la Francia por haberse decretado su acusación, y cae prisionero de los austriacos. — Oposición de Dumouriez. — Disposiciones de las potencias y situación recíproca de los ejércitos coligados y de los franceses. — Toma de Longwy por los prusianos. — Agitación de París al recibirse esta noticia. — Medidas revolucionarias adoptadas por el Ayuntamiento. — Arresto de los sospechosos. — Asesinatos en las prisiones los días 2, 3, 4 y 5 de septiembre. — Principales escenas y circunstancias de estas sangrientas jornadas.

Los suizos habían defendido valerosamente las Tullerías, pero su resistencia fué inútil; forzado el paso de la escalera principal, el palacio quedó invadido. El pueblo, vencedor ya, penetraba en todos los sitios de aquella mansión de la soberanía, en la cual creyó siempre que existían tesoros extraordinarios, una felicidad sin límites, un inmenso poderío y un foco de siniestras conspiraciones. ¡Cuántas venganzas podía tomar al mismo tiempo contra la riqueza, la majestad y el poder!

Ochenta granaderos suizos, que no habían tenido tiempo de retirarse, defienden valerosamente su vida y son asesinados sin compasión. La multitud se precipita después en las habitaciones, donde se encarniza con aquellos inútiles amigos que acudieron para defender al rey, y que, considerados como los *caballeros del puñal*, son perseguidos con todo el odio popular. Sus impotentes armas no sirven más que para irritar á los vencedores, é inducirles á creer con más verosimilitud en los proyectos atribuidos á la corte. Toda puerta que se cierra es derribada al punto; dos ujieres que intentaban prohibir la entrada del gran consejo, sacrificándose al ceremonial de la etiqueta, son asesinados en un momento.

Los numerosos servidores de la familia real huyen tumultuosamente á través de las inmensas galerías, precipítanse desde las ventanas ó buscan en la inmensidad del palacio un oscuro rincón donde preservar su vida. Las damas de la reina se refugian en una de sus habitaciones, esperando á cada momento ser acometidas en aquel asilo. La princesa de Tarento manda abrir las puertas para no aumentar la irritación por la resistencia; los invasores se presentan á poco, apoderándose de una de ellas, y ya está el acero levantado sobre su cabeza, cuando grita una voz: *¡Gracia para las mujeres! ¡No deshonréis á la nación!* Al oír estas palabras, apártase el arma homicida, y las damas de la reina, salvadas de este modo, son conducidas fuera de palacio por aquellos mismos hombres que iban á inmolarlas, y que dando una prueba más de la volubilidad popular, las escoltan ahora, valiéndose de la más ingeniosa fidelidad para salvarlas. Después de matar se destroza; el pueblo rompe aquellos magníficos muebles, arrojando los restos lejos de sí; diseminase luego en las habitaciones secretas de

la reina, y entrégase allí al más obscuro regocijo; penetra en los sitios más recónditos, busca los depósitos de papeles, violenta todas las cerraduras y satisface así el doble placer de la curiosidad y de la destrucción. A los horrores de la matanza y del saqueo se agrega después el del incendio: las llamas, que habían consumido ya los cobertizos contiguos á los patios exteriores, comienzan á extenderse hasta el edificio, amenazando destruir por completo aquella imponente residencia de la monarquía. La desolación no se limita á este triste recinto, sino que se extiende á lo lejos; las calles están obstruidas por restos y cadáveres; á todo aquel que huye, ó que se sospecha que trata de huir, se le considera como enemigo y se le persigue á tiros. Al estampido del cañón ha sucedido el estrépito casi continuado de la mosquetería, que anuncia á cada momento nuevas muertes. ¡Cuántos horrores lleva consigo la victoria, sean quienes fueren vencedores y vencidos, y la causa por que combaten!

Por la suspensión de Luis XVI se había disuelto el poder ejecutivo, y ya no quedaban en París más que dos autoridades, la del Ayuntamiento y la de la Asamblea. Según hemos visto en el relato del 10 de agosto, los diputados de las secciones, reunidos en la Casa de la Ciudad, se posesionaron de la autoridad municipal expulsando á los antiguos magistrados, por cuyo medio pudieron dirigir la insurrección durante toda la noche y el día 10. Poseían de hecho la verdadera fuerza; animábales toda la excitación de la victoria, y representaban aquella clase revolucionaria, nueva y fogosa, que acababa de luchar durante toda la legislatura contra la inercia de esa otra clase de hombres más ilustrados, aunque menos activos, de que se componía la Asamblea. La primera diligencia de los diputados de las secciones fué destituir á todas las altas autoridades, que hallándose más cerca del poder supremo debían profesarle más afecto. Después suspendieron el estado mayor de la guardia nacional, desorganizaron la defensa de las Tullerías, y arrancando á Mandat del palacio, confrieron á Santerre el mando de la guardia nacional. No se dieron menos prisa á suspender la administración del departamento, que desde la alta región que ocupaba contrarió siempre las pasiones populares de que carecía.

En cuanto á la municipalidad, suprimieron el consejo general, substituyéndose á su autoridad, sin conservar más que al corregidor Petión, al procurador síndico Manuel, y á los diez y seis administradores municipales. Todo esto se hizo durante el ataque de palacio. Dantón organizó audazmente aquella sesión tan borrascosa, y cuando la metralla de los suizos hizo retroceder á la multitud á lo largo de los pretiles y hasta la Casa de la Ciudad, salió gritando: *Nuestros hermanos piden auxilio; vamos á prestárselo*. Su presencia había contribuído á reanimar al pueblo en el campo de batalla y á decidir la victoria. Terminada la lucha, tratóse sólo de disponer que se retirasen los hombres que guardaban la casa de Petión, para reponer á éste en sus funciones de corregidor.

Sin embargo, ya fuera verdadero interés por su persona, ó por el temor de imponerse un jefe demasiado escrupuloso en los primeros momentos de la insurrección, resolvióse retenerle un día ó dos, bajo el pretexto de proteger su vida. Después se quitaron de la sala del consejo general los bustos de Luis XVI, de Bailly y de Lafayette: la nueva clase que se elevaba hacía desaparecer así la imagen de los primeros hombres ilustres de la revolución para sustituirla con la suya.

Los insurrectos del Ayuntamiento debían tratar de ponerse en comunicación con la Asamblea; censuraban á ésta por sus vacilaciones, y hasta su realismo, pero considerábanla siempre como la única autoridad soberana que entonces existía, y no pensaban en desconocerla. En la mañana del mismo día 10 se presentó una diputación en la barra para anunciar la formación del Ayuntamiento insurrecto, dando cuenta de lo que se acababa de hacer. Dantón, que iba entre los diputados, pronunció el siguiente discurso: «El pueblo que nos envía á vosotros nos ha encargado que os declaremos en su nombre que os cree siempre dignos de su confianza; pero que no reconoce más juez que el pueblo francés en las medidas extraordinarias á que la necesidad le ha obligado á recurrir, porque es nuestro soberano y el vuestro, reunido en las asambleas primarias.»

La Asamblea contestó á estos diputados, por boca de su presidente, que aprobaba todo cuanto se había hecho, y que recomendaba el orden y la paz. Después mandó que se les comunicasen todos los decretos expedidos durante el día, invitándoles á publicarlos; redactó una proclama para recordar el respeto debido á las personas y propiedades, y comisionó á varios individuos para que fueran á presentarla al pueblo.

En aquel momento debía ser su primera diligencia substituirse á la monarquía caída. A los ministros, reunidos bajo el nombre de *consejo ejecutivo*, se les confió provisionalmente el servicio de administración y la ejecución de las leyes. El ministro de Justicia, depositario del sello del Estado, debía hacer uso de él para los decretos, promulgando éstos en nombre del poder legislativo. Era preciso después elegir las personas que formarían el ministerio: pensóse desde luego en reponer á Roland, á Claviere y Serván, destituidos por su afecto á la causa popular, pues la nueva revolución debía querer todo cuanto no quiso la monarquía; y en su consecuencia se confirieron por unanimidad sus cargos á estos tres ministros. Roland pasó al ministerio de la Gobernación, Serván á Guerra y Claviere á Hacienda. Falta-

ba nombrar los ministros de Justicia, de Estado y de Marina: la elección era en esto libre, y podían realizarse los deseos que hubo otras veces para premiar el mérito obscuro ó el ardiente patriotismo tan desagradable á la corte. Juzgóse necesario á Dantón, tan poderoso entre la multitud y tan persuasivo durante las cuarenta y ocho horas que acababan de transcurrir; y aunque desagradase á los girondinos, por ser hechura del populacho, se le nombró ministro de Justicia por la mayoría de doscientos veintidós votos entre doscientos ochenta y cuatro. Después de dar esta satisfacción al pueblo, premiando á la vez el valor, pensóse poner un sabio al frente del ministerio de Marina, siendo el elegido el matemático Monge, propuesto por Condorcet, que le conocía y apreciaba mucho. Por último, nombróse á Lebrún para el ministerio de Estado, recompensando en persona á uno de esos hombres laboriosos que hacían antes todo el trabajo con que se honraban los ministros.

Después de haber reemplazado al poder ejecutivo, la Asamblea declaró que todos los decretos á que Luis XVI había opuesto su *veto* recibirían fuerza de ley; y acto continuo se dispuso la formación de un campamento junto á París, asunto de uno de dichos decretos y causa de tan acaloradas discusiones: aquel mismo día se autorizó á los artilleros para formar las explanadas en las alturas de Montmartre. Consumada la revolución de París, era preciso asegurar el éxito en los departamentos, y sobre todo en los ejércitos que estaban á las órdenes de generales sospechosos. Varios comisionados de la Asamblea recibieron la misión de dirigirse á las provincias y presentarse á las tropas para ilustrarlas sobre los acontecimientos del 10 de agosto, y también se les confirieron poderes para cambiar, en caso necesario, todos los jefes civiles y militares.

Algunas horas habían bastado para despachar todos estos decretos, y mientras que la Asamblea se ocupaba en expedirlos, hubo de interrumpirse continuamente para atender otros asuntos. Los objetos preciosos sacados de las Tullerías eran conducidos á un recinto; los suizos, los servidores de palacio y todas las personas detenidas en su fuga, ó que escaparon del furor del pueblo, fueron llevados á la barra, como un lugar de asilo. Presentábanse, unos después de otros, muchos peticionarios, para referir lo que habían visto ó dar parte de sus descubrimientos en las supuestas tramas de la corte.

A cada momento llovían las acusaciones é invectivas de toda especie contra la familia real, que escuchaba cuánto se decía desde la estrecha tribuna de *Le Logographe*, donde se había retirado. Luis XVI oía con calma todos los discursos, hablando á intervalos con Vergniaud y otros diputados que le hacían compañía. Encerrado allí hacía quince horas, había pedido algunos alimentos, los cuales compartió con su esposa y sus hijos, y que sirvieron de asunto para hacer innobles observaciones sobre la supuesta afición del rey á la buena mesa. ¡Sabido es que los partidos victoriosos no respetan la desgracia! El joven delfín, echado en el regazo de su madre, dormía profundamente, agobiado con un calor sofocante; la joven princesa y madama Isabel, con los ojos enrojecidos por las lágrimas, permanecían al lado de la reina; y en el fondo de la tribuna había algunos

fieles amigos del rey, que no quisieron abandonar la desgracia. Cincuenta hombres, elegidos entre la tropa que escoltó á la familia real desde el palacio á la Asamblea, guardaban aquel recinto, desde el cual contemplaba el monarca caído los despojos de su palacio, presenciando el desmembramiento de su antiguo poder, y viendo cómo se distribuían los restos á las diversas autoridades populares.

Continuaba el tumulto con extremada violencia; según las ideas del pueblo, no era suficiente haber suspendido la monarquía; era preciso aniquilarla completamente. Sucediáanse las exposiciones sobre este punto, y mientras llegaba la respuesta, agitábase la multitud fuera de la sala, invadía las inmediaciones, asaltaba las puertas, y lo hizo tan violentamente dos ó tres veces, que se creyó que las derribaba, temiéndose por la suerte de la desgraciada familia de que se había encargado la Asamblea como de un sagrado depósito. Enrique Laviere, enviado con otros representantes para calmar al pueblo, volvió en aquel momento gritando con fuerza: «Sí, señores, lo sé, lo he visto y lo aseguro; todo el pueblo está resuelto á perecer mil veces antes que deshonor la libertad por ningún acto inhumano; y seguramente no hay aquí nadie (y deben entenderme, añadió), que no pueda contar con la lealtad francesa.» Estas palabras tranquilizadoras y enérgicas fueron muy aplaudidas. Vergniaud tomó entonces la palabra para contestar á los que pedían que se cambiase la suspensión en destitución, y les dijo: «Me complace mucho que se me presente la oportunidad de explicar las intenciones de la Asamblea en presencia de los ciudadanos. Ha decretado la suspensión del poder ejecutivo, nombrando una comisión que decidirá irrevocablemente la gran cuestión del destronamiento. En esto se ha ceñido á sus facultades, que no le permiten erigirse á sí misma en juez de la monarquía, y ha atendido á la salvación del Estado, colocando el poder ejecutivo en una situación en que no le sea posible perjudicar. De este modo ha satisfecho á todas las necesidades, conservándose en el límite de sus atribuciones.» Estas palabras produjeron una impresión favorable, y los mismos peticionarios, tranquilizados por ellas, se encargaron de ilustrar al pueblo y de calmarle.

Era preciso poner término á esta prolongada escena, y por lo tanto se ordenó que los efectos cogidos en el palacio se depositaran en el Ayuntamiento; que los suizos y todas las personas detenidas permaneciesen en los fuldenses ó fueran trasladadas á las diversas casas de prevención, y que la familia real fuera custodiada en el Luxemburgo hasta que se reuniese la Convención Nacional, debiendo, sin embargo, permanecer en el mismo local de la Asamblea hasta que se hubiesen hecho los preparativos necesarios para recibirla. A la una de la madrugada del sábado, día 11, la familia real se trasladó al alojamiento que la destinaron, y que se reducía á cuatro celdas de los antiguos fuldenses. Los amigos que no habían abandonado al príncipe se establecieron en la primera, el rey en la segunda, y la reina, su hermana y sus hijos en las otras dos. La mujer del portero sirvió á las princesas, substituyendo el numeroso cortejo de damas, que aún la víspera se disputaban este honor.

La sesión se suspendió á las tres de la madrugada. Aún reinaba el tumulto en París: para evitar desór-

denes se iluminaron los alrededores de palacio, permaneciendo sobre las armas la mayor parte de los ciudadanos.

Tal fué aquella célebre jornada y sus resultados inmediatos. El rey y su familia estaban prisioneros en los fuldenses, y los tres ministros depuestos por Luis XVI ocupaban de nuevo sus cargos.

Dantón, oculto la víspera en un oscuro club, era ministro de Justicia; Petión se hallaba encerrado en su casa, pero proclamábase su nombre con entusiasmo, agregando el calificativo de *padre del pueblo*; Marat, después de salir del humilde retiro donde le ocultó Dantón durante la lucha, y armado ahora de un sable, paseábase entonces por París á la cabeza de un batallón de marseleses; Robespierre, á quien no se ha visto figurar en estas terribles escenas, arengaba á los jacobinos, exponiendo á varios amigos suyos el uso que se debía hacer de la victoria y la necesidad de substituir la actual Asamblea, instruyendo sumaria contra Lafayette.

Desde el día siguiente fué preciso ocuparse en calmar al pueblo, sublevado aún, que no cesaba de asesinar á los que tomaba por aristócratas fugitivos. La Asamblea continuó su sesión el 11 á las siete de la mañana. La familia real pasó de nuevo á ocupar la misma tribuna donde estuvo antes, para oír las decisiones que se tomarían, y presenciar las escenas que iban á ocurrir en el Cuerpo Legislativo. Petión, libre ya, y escoltado por una considerable multitud, se presentó á dar cuenta del estado de París, que acababa de recorrer, tratando de restablecer la calma y el espíritu de paz. Varios ciudadanos se habían constituido en guardianes para velar por su vida. Petión fué perfectamente recibido por la Asamblea, y marchó al punto á fin de continuar sus pacíficas exhortaciones. Los suizos, depositados la víspera en los fuldenses, estaban amenazados: la multitud pedía su muerte á gritos, llamándoles cómplices de palacio y asesinos del pueblo; pero se consiguió apaciguarla, anunciando que los suizos serían juzgados, y que se iba á formar un consejo de guerra para castigar á los que se llamaron después *conspiradores del 10 de agosto*. «Pido que se les conduzca á la Abadía para ser juzgados...», exclamó violentamente Chabot; en la tierra de la igualdad, la ley debe arrasar todas las cabezas, aun las de aquellos que estén sentados en el trono.»

Los oficiales habían sido trasladados ya á la Abadía, y los soldados lo fueron después, lo cual no se hizo sin grandes esfuerzos, siendo necesario prometer al pueblo que se les juzgaría prontamente.

Según vemos, apoderábase ya de los ánimos la idea de vengarse de todos los defensores del trono, para castigar en ellos los peligros que se habían arrostrado, y muy pronto debía producir esto crueles divisiones. Siguiendo los progresos de la insurrección, se habrá podido observar que ya comenzaban á producirse gérmenes de discordia en el partido del pueblo. Ya se ha visto que la Asamblea, compuesta de hombres instruidos y razonables, estaba en oposición con los clubs y las municipalidades, donde se reunían otros inferiores por su educación y talento; pero que por su misma posición social, sus costumbres menos cultas y su ambición creciente, estaban dispuestos á obrar y á precipitar los acontecimientos; y asimismo se recordará que la víspera del 10 de agosto difirieron de parecer Chabot y Petión,

porque este último, de acuerdo con la mayoría de la Asamblea, prefería un decreto de destitución á un ataque á viva fuerza. Los hombres que habían aconsejado la mayor energía posible, se hallaban al día siguiente en presencia de la Asamblea, orgullosos de una victoria alcanzada á su pesar, y recordándola, con expresiones de equívoco respeto, que había absuelto á Lafayette, y que no debía comprometer otra vez por su debilidad la salvación del pueblo. Ocupaban el Ayuntamiento en unión de ambiciosos plebeyos, de los perturbadores de oficio y oradores de clubs; figuraban también en su mayoría en los jacobinos y en los franciscanos, y aun se sentaban algunos en los bancos extremos del Cuerpo Legislativo. El capuchino Chabot, el más violento de todos, se hallaba tan pronto en la tribuna de la Asamblea como en los jacobinos, y amenazaba siempre con las picas y los toques á rebato.

La Asamblea había acordado la suspensión; pero aquellos hombres, más exigentes, pedían que se depusiese al rey; la primera, al nombrar un ayo para el delfín, suponía la conservación del trono; los segundos querían la república; la mayoría de la Asamblea opinaba que era preciso defenderse activamente del extranjero, pero perdonar á los vencidos; sus contrarios sostenían que no sólo se debía resistir enérgicamente al extranjero, sino vengarse de todos aquellos que, atrincherados en el palacio, habían querido asesinar al pueblo y atraer á los prusianos á París. Impulsados por su ardimiento á las ideas más exageradas, sostenían que los cuerpos electorales no eran necesarios para formar la nueva Asamblea, sino que debía considerarse á todos los ciudadanos aptos para votar. Un jacobino había propuesto también que se concediesen derechos políticos á las mujeres, y otros, en fin, proclamaron en alta voz que era necesario que el pueblo se presentase armado para manifestar su voluntad al Cuerpo Legislativo. Marat excitaba este desenfreno de las pasiones y provocaba á la venganza, creyendo, según su horrible sistema, que convenía hacer un espurgo en Francia. Robespierre, menos por inclinación sanguinaria que por envidia contra la Asamblea, lanzaba sobre ella sus censuras, acusándola de debilidad y de realismo; ensalzado por los jacobinos, y propuesto antes del 10 de agosto como dictador necesario, proclamábase ya como el defensor más elocuente é incorruptible de los derechos del pueblo. En cuanto á Dantón, sin ocuparse en buscar elogios ni en hacerse escuchar, sin haber aspirado nunca á la dictadura, fué, sin embargo, quien decidió con su audacia el éxito de la jornada del 10 de agosto. Despreciando después más que nunca toda vana ostentación, aspiraba sólo á poseionarse del consejo ejecutivo, del que formaba parte, para influir luego en sus colegas ó dominarlos. Incapaz de sentir odio ó envidia, no abrigaba ninguna dañada intención contra aquellos diputados cuyo talento ofuscaba tanto á Robespierre; motejábanlos sólo de débiles, y prefería los hombres enérgicos de las clases inferiores, en los cuales confiaba más para mantener la revolución y terminarla.

Estas divisiones no se sospechaban fuera de París: todo lo que el público francés había podido ver era la resistencia de la Asamblea á satisfacer deseos demasiado ardientes, y la absolución de Lafayette, pronunciada á pesar del Ayuntamiento y de los jacobinos; pero se

imputaba todo á la mayoría realista y fuldense; admirábase siempre á los girondinos; se apreciaba igualmente á Brissot que á Robespierre, y se adoraba sobre todo á Petión, considerado como el corregidor tan maltratado por la corte. Nadie tenía curiosidad por saber si este último parecía muy moderado á Chabot, si hería el orgullo de Robespierre y si le trataban como á un hombre honrado inútil para Dantón, ó como conspirador sometido á la purificación por Marat: Petión era, pues, el ídolo de la muchedumbre; pero lo mismo que Bailly después del 14 de julio, muy pronto iba á ser importuno y odioso al desaprobar los desórdenes que ya no podía impedir.

La principal coalición de los nuevos revolucionarios se había formado en los jacobinos y en la municipalidad; en dicho club se proponían y discutían todos los proyectos, y en seguida los mismos oradores iban á ejecutar á la casa Ayuntamiento, en virtud de sus poderes municipales, lo que se habían limitado á proponer en su club. El consejo general de la municipalidad constituía por sí solo una especie de asamblea, tan numerosa como el Cuerpo Legislativo, con sus tribunas, su presidencia, sus aplausos, mucho más ruidosos, y una fuerza efectiva mucho más considerable. El corregidor era su presidente y el síndico su orador oficial, encargado de hacer todas las requisiciones necesarias. Petión no se presentaba ya en los jacobinos, limitándose á atender á las subsistencias; pero el síndico Manuel, dejándose arrastrar por el empuje revolucionario, peroraba allí diariamente.

Sin embargo, el hombre que preponderaba en aquella asamblea era Robespierre. Habiendo permanecido retirado los tres primeros días que siguieron al 10 de agosto, fué al club, una vez consumada la insurrección, y presentándose en la presidencia con objeto de que le examinaran sus poderes, pareció tomar posesión de ella más bien que presentar sus credenciales. Su reputación de hombre de talento, de incorruptibilidad y de tesón, le hacía parecer como un personaje respetable y grave, que los asiduos concurrentes al club se manifestaban envanecidos de contar entre ellos. Mientras esperaba que se reuniera la Convención, de la cual no dudaba formar parte, acudía allí para ejercer un poder más efectivo que el de la opinión con que le honraban los jacobinos.

El primer cuidado de la municipalidad fué apoderarse del ramo de policía, porque en tiempo de guerra civil el poder más envidiado es el de encarcelar y perseguir á los enemigos. Los jueces de paz, encargados de ejercerlo en parte, se habían enajenado la opinión pública por sus pesquisas contra los agitadores populares, y se hallaban así, á sabiendas ó no, en hostilidad con los patriotas. Se guardaba sobre todo memoria del que se había atrevido á citar á dos diputados en la cuestión de Bertrand de Molleville y del periodista Carra. Destituyóse, por consiguiente, á los jueces de paz, y se transfirieron á las autoridades municipales todas sus atribuciones relativas á la policía. La Asamblea, de acuerdo en esto con la municipalidad de París, decretó que la policía llamada de *seguridad general* correspondería á los departamentos, distritos y ayuntamientos, consistiendo en averiguar todos los delitos atentatorios á la seguridad interior y exterior del Estado, en formar listas de

los ciudadanos sospechosos por su opinión ó por su conducta, y en dispersarlos y hasta desarmarlos si así convenía. Los consejos de las municipalidades desempeñaban por sí mismos este ministerio, de suerte que la masa entera de los ciudadanos se veía de este modo llamada á observar, denunciar y perseguir al partido enemigo.

Compréndese cuán activa, pero rigurosa y arbitraria, debía ser aquella policía democráticamente ejercida. El consejo en pleno recibía la denuncia y un comité de *vigilancia* la examinaba, mandando proceder á la prisión. Los guardias nacionales estaban en requisición permanente, y los municipios de todas las poblaciones de más de veinte mil almas podían añadir reglamentos especiales á aquella ley de *seguridad general*. No cabe duda de que la Asamblea Legislativa estaba muy ajena de creer que de este modo preparaba las sangrientas ejecuciones que más adelante se hicieron; pero rodeada de enemigos dentro y fuera, facultaba á todos los ciudadanos para vigilarlos, del mismo modo que los había llamado á administrar y combatir.

La municipalidad de París se apresuró á hacer uso de los nuevos poderes y mandó efectuar numerosas prisiones. Eran los vencedores, irritados aún por los peligros del día anterior y por los mayores que se esperaban al siguiente, los que se apoderaban de sus enemigos, abatidos ya, pero que podían reanimarse pronto contando con el socorro de los extranjeros. El comité de *vigilancia* de la municipalidad de París se compuso de los hombres más violentos. Marat, que tan audazmente había atacado á las personas durante la revolución, fué nombrado presidente de dicho comité, siendo por consiguiente el más temible de todos los hombres en el desempeño de semejantes funciones.

Además de este comité general, la municipalidad de París instituyó otro particular en cada sección, decidiendo que no se entregaría ningún pasaporte sin el informe de las asambleas de las secciones; que los viajeros habían de ir acompañados al Ayuntamiento ó á las huertas de París de dos testigos que respondieran de que la persona que había pedido el pasaporte era la misma que lo presentaba al marchar: en fin, procuraba por todos los medios posibles impedir la evasión de los sospechosos con nombres supuestos. En seguida mandó que se formase una lista de los enemigos de la revolución y publicó una alocución excitando á los ciudadanos á denunciar á los culpables del 10 de agosto. Mandó encarcelar á los escritores que habían defendido la causa realista, y entregó sus imprentas á los escritores patriotas. Marat hizo que le devolvieran triunfalmente cuatro prensas que, según decía, le habían quitado por orden del *traidor Lafayette*. Recorrieron las cárceles varias comisiones poniendo en libertad á los presos por haber dado gritos ó dicho algo en contra de la corte. Por último, dispuesta siempre la municipalidad á inmiscuirse en todo, envió á imitación de la Asamblea diputados para ilustrar y atraer al ejército de Lafayette, que causaba cierta zozobra.

La municipalidad quedó encargada además de otra misión no menos importante, la de guardar á la familia real. La Asamblea había ordenado primeramente su traslación al Luxemburgo, pero habiéndosele hecho observar que dicho palacio era difícil de guardar, se de-

ció por el del ministerio de Justicia. Sin embargo, el municipio, que disponía ya de la policía de la capital, y que se consideraba particularmente encargado de la custodia del rey, propuso el Temple, declarando que no podía responder de su seguridad sino en la torre de aquella antigua abadía. La Asamblea consintió en ello, y confió los augustos prisioneros al corregidor y al comandante general Santerre, bajo su responsabilidad personal (1). Doce comisarios del consejo general debían vigilar en el Temple sin interrupción: hicieron algunos trabajos exteriores que convirtieron el edificio en una especie de plaza de armas; numerosos destacamentos de la guardia nacional formaban por turno su guarnición, y nadie podía entrar allí sin un permiso de la municipalidad. La Asamblea decretó asimismo que se tomaran quinientos mil francos del Tesoro público para atender á las necesidades del rey y su familia hasta la próxima reunión de la Convención Nacional.

Como se ve, las funciones del municipio eran muy extensas. Colocado en el centro del Estado, donde se ejercen los grandes poderes, é impulsado por su energía á hacer por sí mismo lo que le parecía que las demás autoridades hacían con demasiada blandura, continuamente se entrometía en todos los asuntos. La Asamblea reconoció al fin la necesidad de fijar ciertos límites á sus atribuciones, y á este efecto decretó la reelección de un nuevo consejo departamental para reemplazar al que fué disuelto el día de la insurrección. La municipalidad, viéndose amenazada con el yugo de otra autoridad superior, que probablemente entorpecería su libre vuelo, conforme lo hizo el antiguo departamento, se manifestó irritada con tal decreto, y mandó á las secciones que suspendiesen la elección comenzada ya. El síndico Manuel pasó en seguida de la casa Ayuntamiento á los fuldenses para presentar las reclamaciones de la municipalidad. «Los delegados de los ciudadanos de París, dijo, necesitan poderes ilimitados; una autoridad puesta entre ellos y vosotros no servirá sino para introducir continuos gérmenes de discordia, siendo por lo tanto preciso que el pueblo se arme de nuevo con su venganza, para derrocar ese poder destructor de su soberanía.»

Tal era el lenguaje amenazador que se tenía la imprudencia de hacer oír á la Asamblea. Ésta otorgó lo que se la pedía, y ya fuese porque juzgara imposible resistir, ó bien porque considerase peligroso en aquel momento poner trabas á la energía de la municipalidad, decidió que el nuevo consejo no tendría acción alguna sobre ésta, reduciéndose á ser una simple comisión de hacienda, encargada de la recaudación de contribuciones en el departamento del Sena.

Pero había otra cuestión más grave que causaba mayores precauciones y que debía hacer resaltar doblemente la diferencia de sentimientos que separaba á la municipalidad de la Asamblea. Reclamábase á gritos el castigo de los que habían disparado contra el pueblo, y que estaban dispuestos á presentarse tan luego como se acercara el enemigo: llamábaseles alternativamente los *conspiradores del 10 de agosto*, ó los *traidores*. El consejo de guerra nombrado el 11 para juzgar á los suizos no

(1) El rey y su familia fueron encerrados en el Temple en la noche del 13 de agosto.